

B

Baal, del árabe y hebreo *bá-al*, ser dueño, señor.—Ídolo de ciertas religiones.

Una de las idolatrias menos groseras es la que simboliza á Dios con el hombre ó con alguna condición humana, confundiendo el objeto — símbolo — con el sujeto simbolizado.

Los que simbolizan á Dios con el nombre de Señor *bá-al* propenden á hacerle sentir bajo una forma menos inadecuada que otras.

Esta tendencia se marcó en muchos pueblos de la Arabia y sobre todo de la Palestina.

Baco, del sanscrito *baksha*, devorar.—Baco es un símbolo de Dios mucho más grosero que Baal; pero los que le usaban le aplicaban solamente á alguna de las formas admitidas en una mitología pluralitaria.

En esta mitología representaba el fuego, que por una parte devora, y por otra fortalece y presta calor y esplendidez á los seres naturales.

Se han conocido dos Bacos, griego el uno y el otro romano.

El Baco griego fué agricultor, plantó la vid como Noé; se salvó del fue-

go en el muslo de Júpiter, como Noé se salvó en el arca; devoró á los titanes que querían escalar el cielo, como Jesucristo combatió á los fariseos; y así fué en la tierra el salvador de los hombres, y en el Olimpo el predilecto de Júpiter.

El Baco romano, desprovisto de tantos méritos, fué considerado más bien como el dios del vino, del sentimiento embriagador, de las alegres bacanales.

Así se expresan de diversos modos mitológicos las poéticas relaciones entre la Ciencia y la Religión.

Bacón (el canciller), gran filósofo del Renacimiento, que inauguró una nueva época en los anales científicos.

Al tan asendereado *organum* aristotélico y escolástico opuso decididamente un *novum organum*.

Consagraba el primero ante todo una *ciencia teórica*. Bacón vá á oponerle decididamente una *ciencia experimental*. La misma etimología de la palabra (*exper ire*, ir por fuera) indica ya que Bacón vá á pisar terreno firme, *exterior al pensamiento*, po-

sitivo, duro como peña; por donde se puede marchar cómodamente en busca de todo cuanto se desee encontrar. Así marchan en sus negocios el mercader y el explotador de minas y de la tierra en general.

Bacón se apartará un poco de los senderos de la vida divina; pero ¿qué importa—dirán sus amigos—si gana, concentrándose en la tierra, lo que perdería evaporándose en el cielo?

La reforma de Bacón consta de dos partes, una crítica y otra dogmática. La crítica se encamina á desarraigar preocupaciones, que embargaban las inteligencias contemporáneas, y que llamó *ídolos* de diversas especies y categorías.

La idolatría científica es, en efecto, un desliz, que comete el hombre de ciencia cuando menos lo piensa, como lo comete á menudo el más fervoroso creyente en un dogma religioso. No es poco el beneficio que se hace al pensamiento aligerando la obsesión de estos huéspedes importunos. Tan importunos son, que el mismo Bacón, después de limpiar á su gusto el campo filosófico de lo que consideraba como cizaña, no dejó de rendir culto excesivo á un ídolo tradicional: el polo objetivo de la vida humana. Según él, se reduce el problema filosófico á asimilar las leyes del pensamiento á las leyes de la Física y la Química obtenidas por la vía experimental.

En Física y en Química hay un número relativamente exiguo de simples, que combinándose de varios modos, producen invariablemente efectos correlativos. Lo mismo—dijo Bacón—sucederá en el campo ideal, y toda la dificultad estriba en investigar esos simples, que ofician como leyes de los compuestos.

Sin embargo, no existe la pari-

dad completa que supone el filósofo.

Esa *paridad*, ese *par de conceptos*, no se refunden sin distinción en el foco sensitivo en que él se precipita, al acatar lo físico-químico como divinidad suprema, sin percatarse de que tal procedimiento es insigne idolatría.

Las leyes de lo físico-químico se cumplen sin protesta ni posibilidad de eludirlas, mientras no se sale por un procedimiento *metafísico* de los límites de la Física. Las leyes del pensamiento se basan y se cumplen con libertad correlativa. He aquí el complemento que faltó á Bacón, para formular legítimamente el estadio de la relación en general, viviente ó no viviente, y de la relación entre ambos extremos viviente y no viviente.

Bacon (Rogeris), filósofo inglés del siglo XIII, franciscano.—Fue en cierto modo, precursor del canciller del mismo apellido. Unió á una tendencia decididamente mística, que él llamaba experiencia interna, un racionalismo científico, que le llevaba á confiarlo todo á la experiencia externa; y entrevió algunos de los grandes descubrimientos que renovarían después la ciencia y la industria humanas.

Acertado estuvo Rogeris Bacon al asentar una experiencia interna enfrente de la externa. Esta figura, como práctica; aquella, como teoría que á su vez ha de ser práctica también, experimental y, sobre todo, viviente, para servir de tipo á la vida y de antitipo á lo no vivo.

Baile, del bajo latín *balla*, pelota.—Modo funcional de la realidad viviente que el arte idealiza.

El movimiento del ser viviente es ya un baile, un *movimiento libre*. El baile artístico es un movimiento idealizado.

El baile armónico es símbolo de belleza en cuanto tiene de armónico.

El tipo de la belleza en el baile es concebido de diversos modos, según los pueblos y las épocas.

Realízase en el baile la belleza sobre un fondo mecánico, dinámico y estático: belleza en el *movimiento* de las líneas rectas y curvas, como la puede haber también en el conjunto de las líneas *escritas é inmóviles*.

Bain, filósofo inglés del siglo XIX, cuyas opiniones se acercan mucho á las de Spencer.

Cree explicar la *producción de las ideas*, mediante vibraciones *cerebrales* entre dos términos fijos, de los cuales ninguno es eficaz por sí solo y no relacionado con el otro en la unidad de la vibración. Estas vibraciones—añade—se asocian como las ideas cuando aparecen juntas ó sucesivamente.

Ante todo hay que observar que nadie ha *visto* tales vibraciones en la masa cerebral. Son una hipótesis, ó más bien, un símbolo de lo que el filósofo concibe sólo en el terreno ideal.

Además, aun cuando se observaran realmente tales vibraciones, nadie podría concebir legítimamente, sino que estaban *relacionadas* con el pensamiento, no que ellas y el pensamiento fueran una misma cosa sin distinción correlativa.

El recurso de enlazar unas y otras vibraciones, considerando á las del cerebro como *productoras* de las ideales, es el del materialismo, que sólo admite causas definidas, para sacar de ellas ese *indefinido* que necesita figurar *simultáneamente*, con lo definido para que uno y otro sean siquiera concebibles.

Por eso se necesita *paralelamente* con las causas definidas de todas las

cosas, y en el caso presente con las vibraciones del cerebro, *causa indefinida, espontánea*, que brote, no de lo pasado, sino del porvenir, y que intervenga en la generación de las ideas, distinguiéndolas y asemejándolas á las vibraciones cerebrales, que también necesitarían causalidad espontánea, si no eran producidas por la mano del anatómico ó por otro impulso externo.

Bajo, del latín *bassus*.—Lo que está debajo; y con relación al hombre, lo que descende más allá de la planta de sus pies.

El hombre, medida de todas las cosas, como decían los sofistas, mide por su altura lo que es bajo y lo que es alto, así como designa, relativamente á él, lo que está delante ó detrás, á derecha ó á izquierda.

Si no se interpusiera el hombre nadie *conocería* cosa alguna arriba ni abajo.

El hombre conoce algo hacia arriba y hacia abajo; pero pronto se detiene y *no conoce más*.

¿Qué habrá en relación con esas inmensidades, á que no alcanza la medida del hombre?

En comparación con esto, poca cosa es lo que mide un hombre en las profundidades del espacio.

Añádase lo escondido en las profundidades del tiempo, y calcúlese lo que valdrá un hombre en relación con todo esto; y lo que valdrá cuanto pueda ponerse de todo esto en relación con un hombre.

¡Y esto poco es lo que llamamos mundo positivo! ¡Cuanto más vale el mundo negativo, ó sea lo que llamamos mundo ideal!

Balanza, del latín *bis*, dos, y *langs*, plato.—Instrumento de dos platillos destinado á medir el peso.

El peso completa el número de las condiciones mecánicas, agregado á las otras dos: número y medida.

La balanza es uno de los mejores símbolos del mundo inorgánico: le realiza, en particular, desde el punto de vista del peso que, en general, aparece como gravitación universal en los astros, y como gravitación hacia el centro en la tierra que habitamos.

Inmóvil la balanza, simboliza el universo objetivo (el cosmos) que para el sujeto humano es siempre balanceado en dos platillos, uno á la derecha y otro á la izquierda.

Moviéndose la balanza suben y bajan los platillos con tendencia á formar un círculo cerrado sobre el eje ó el fiel del aparato.

Todo esto es la balanza en su forma real, sometida á los sentidos externos.

Hay también una función ideal, que se simboliza con la balanza, y es la justicia.

La balanza ideal de la justicia no solamente puede aparecer inmóvil, sino que, aunque se mueva, desempeña su función ateniéndose siempre á un eje determinado, que simboliza la ley escrita y formulada por el poder legislativo.

Pero la balanza ideal teóricamente inmóvil, no tiene en la práctica un eje simplemente determinado, sino otro además indeterminado ó libre, que permite su reconstitución indefinida, así en el pensamiento de cada hombre, como en el de la humanidad en general.

Balde, del árabe *batil*, vano, nulo, de ningún valor.—Tiene dos acepciones: de balde y en balde.

1.^a De balde. Lo que no tiene precio en el mercado humano, se da de balde; pero el mercado humano es

muy convencional. A menudo se cotizan en él más caras las cosas que menos valen.

Por fortuna no se pueden cotizar el aire en la atmósfera ni la tranquilidad en la conciencia. Si se cotizaran no habría dinero con que pagarlos.

¿Qué se da de balde en la vida convencional que hacemos los hombres de más refinada civilización? Si algo da el hombre caritativo, el que se sacrifica por el bien del prójimo y de la colectividad humana. No se diga que aun á éste se lo paga la conciencia. Así podrían contestar Sócrates ó Jesucristo; y no puede darse contestación más honrosa, en el sentido de que la paga ideal del sinceramente caritativo, está lejos de ser la paga real que tanto apetece el egoísta en compensación de lo que llama dar de balde.

No se han hecho para el egoísta los códigos morales, sino para aquel que pospone su egoísmo al egoísmo glorioso del Dios santificado en su conciencia.

2.^a En balde. ¡Cuántos trabajan más ó menos en balde y cuánto trabaja en balde cada hombre! Todo aquello que se trabaja sin relación correlativa, sin fruto correspondiente.

Bálsamo, del hebreo *Baal*.—Cuerpo exterior benéfico en grado sumo.

Tan benéfico se siente á este cuerpo, que se le relaciona con Dios, dándole un nombre análogo. No se olvide que en la Arabia muchos pueblos adoraban á Baal.

Hay bálsamos para el cuerpo, y bálsamos para el pensamiento.

Hánse cantado en todos los tonos las excelencias del bálsamo intelectual por los anacoretas y por los mártires de la fe religiosa.

Las drogas balsámicas tienen también su valor, aunque más modesto. Lo balsámico en forma corpórea para el paladar y para la salud, solo es un incitante externo de la función, sostenida por la causalidad espontánea del ser viviente.

Una función corpórea embalsamada por sí propia, invita al pensamiento á forjarse íntimamente un bálsamo divino.

Ballesta, del griego *ballein*.—Instrumento que rige los movimientos de manera favorable á un fin apetecido.

La actividad procedente del polo indefinido es como la ballesta, que lanza el proyectil, á pesar de su gravedad; resultando que el proyectil lanzado ya, gravita, sí, fuera de su alcance, pero con las modificaciones impresas por su lanzamiento.

Bandera, del latín *bandum*, estandarte. — Símbolo de un pensamiento común, realizado bajo forma especial convenida de antemano.

Al símbolo se agregan cuantas personas coinciden en la idea que representa.

Una bandera común sintetiza, reúne. Muchas banderas (banderías, bandos) dividen, analizan.

Bandera única es la aspiración á lo indefinido, que debe realizarse en general, pero nunca se realiza humanamente en absoluto.

Bando, del latín *bandem*, estandarte. — Grupo parcial que realiza un pensamiento, preferido entre otros pensamientos antagónicos. Pueden multiplicarse los bandos tanto como los pensamientos, con tal que éstos se excluyan unos á otros recíprocamente.

Otro sentido tiene la palabra bando: el de mandato especial, emanado

de autoridad sobrepuesta á todas las banderías personales.

Bárbaro, del griego *bárbaros*, extranjero. — En lo antiguo significaba extranjero; después significó, además, pueblo relativamente inculto. Por extensión se ha aplicado esta palabra al hombre ignorante y grosero.

No siempre el ignorante es grosero ni el grosero ignorante.

Se puede ser ignorante en ciencia y no grosero (fino) en sentimiento. Así pretendía ser Sócrates.

Se puede también ser sabio y grosero. Así son, principalmente, las eminencias científicas, que se complacen en el materialismo, el positivismo y el ateísmo.

Hay, pues, bárbaros del sentimiento y bárbaros de la reflexión.

El bárbaro sentimental es el extranjero en la ciencia, que ignora su lengua, pero tiene sentido común, que puede ser bueno.

El bárbaro reflexivo es el que se supone conocedor de la lengua científica, pero la interpreta malamente.

En el mundo civilizado cabe mejor transacción entre los bárbaros del sentimiento, que entre los de la reflexión. Estos entablan luchas de vida ó muerte, y nunca hacen la paz. Aquellos tienen sus guerras, pero cuanto más fino es su sentimiento, más propensos están á transigir.

Bardo, del céltico *bars*, cantor y poeta. — Sacerdote y poeta á un mismo tiempo.

Poesía elevada á religión y religión simbolizada poéticamente.

Consorcio natural, porque no es la poesía sino un reflejo simbólico de la divinidad.

Los más grandes santos han sido moralmente los poetas más sublimes.

Los poetas más sublimes se han acercado artísticamente á la santidad, al menos en espíritu, por más que acaso la hayan desmentido en sus obras.

El genio poético, *la inspiración divina*, es la que se ejercita en la exterioridad, y como si dijéramos en el ropaje de todas las cosas. El genio moral es el que, bajo la forma de santidad, se ejercita en lo más íntimo, en la voluntad pura del hombre. El genio científico es el que, bajo la forma de Filosofía, se ejercita en la relación entre lo exterior (definido) y lo interior (indefinido).

Barómetro, del griego *báros*, peso, y *métron*, medida. — Balanza del aire, que completa las del sólido y el líquido.

Sobre las tres balanzas se levanta otra como barómetro del pensamiento; esta es la del pensamiento mismo balanceándose entre lo definido y lo indefinido.

Barón, del griego *baros*, peso. — Barón se distingue de varón en una sola letra. La diferencia del concepto es también escasa en el fónido y mayor en *apariencia*.

Varón es cualquier hombre: barón es el hombre á quien la ley escrita ó consuetudinaria considera de *más peso*.

Barro, del árabe *barr*, tierra inculta. — Mezcla de polvo y agua. Sólo le falta el aire para reunir tres de los elementos que supusieron los antiguos representantes de todas las cosas. Se completaba el cuaternario de elementos fundamentales añadiendo el fuego.

Para concebir que salieran los seres vivos de lo contenido en el cosmos inorgánico, pudo muy bien comenzarse por atribuir la determinación de la vida al barro. Así se con-signa en algunas cosmogonías.

Aunque tal generación simplemente causada por el barro sólo, y aun relacionado con el aire, sea inadmisiblemente en buena lógica; es lo cierto que, en los barros de nuestras tierras fermentan á menudo restos de seres vivientes, y que allí se engendran ó se regeneran también seres vivientes.

La experimentación puede llevar muy adelante el estudio de los modos exteriores de aparecer éstos seres vivos, infusorios más ó menos pequeños y hasta microbios. Á donde no llegue la experimentación llegará siempre la inteligencia, consignando la posibilidad de generaciones determinadas por un conjunto fenomenal presente, cualquiera que sea, y por la fecundación que otorga á ese conjunto fenomenal el *agente indefinido é indefinible* propio de la vida.

El agente *indefinido* es el cuarto elemento, que llamaban fuego las antiguas cosmologías.

Base, del griego *basis*, la planta del pie. — El fundamento de alguna cosa; aquello sobre lo cual se sostiene, no solo en pie, sino inmóvil relativamente á los impulsos externos.

El fenómeno es la base de la ley, y la ley con el fenómeno son bases de la función.

Pero toda base inmóvil lleva en su mismo concepto aparejada la movilidad. Lo inmóvil en un sentido, es movido en otro. Los astros son movidos, y con ellos cuantos grupos los constituyen, relacionados con centros en aparente inmovilidad.

Las bases de la ciencia son construcciones lógicas, teóricas, que han podido parecer tan inmóviles como las pirámides de Egipto; pero así como éstas se han movido, al menos con el globo terráqueo, que es su

base, también ellas se han movido con la historia de los sistemas.

Tómense las teorías como bases legales, movedizas, y sobre ellas los fenómenos correlativos; y se fundará la ciencia viviente.

Basilio (San), filósofo de la edad media, que se distinguió sosteniendo que el lenguaje no había sido revelado directamente por Dios al hombre, sino que le habían inventado los hombres, valiéndose de las facultades concedidas por Dios.

Todas las revelaciones consideradas como directas, dependen de la manera de comprender las relaciones entre el hombre y Dios.

El hombre, en particular, cada individuo, se relaciona con otros seres particulares. En general se relaciona con géneros cada vez más elevados, hasta lindar con lo universal.

Lo universal solo puede ser simbolizado en general (ley) y en particular (fenómeno).

Dios es lo universal, simbolizado; ó ideal ó particularmente.

De aquí dos idolatrías posibles, la ideal ó subjetiva y la real objetiva (ídolo puesto al alcance de los sentidos externos).

Para concebir la revelación directa de Dios al hombre, es preciso formar, ó bien un ídolo externo, al que se vea, se oiga ó se toque, ó bien un ídolo interno, una *figuración* imaginaria, que se imponga como ley al pensamiento.

Solo la revelación autonómica hecha al sentimiento humano, mediante la ley escrita en la tabla de la conciencia (reflexión), ó mejor, la encarnación del Verbo divino en forma humana, pueden revelar directamente lo que de otro modo se oculta con pertinacia ineludible en las profundidades de la negación de todo lo posi-

tivamente relacionado en el mundo que nos alberga.

Bastante, de *ba* y *estante*. — Basta lo que está hecho, si se hace positivamente el fin con que se hacía.

Cuando nada más se quiere hacer, nos basta lo hecho. Mas para que lo hecho *sea hecho* pasivamente, es menester que *sea también hecho* activamente.

Ser hecho pasivamente, es ser hecho en teoría. Ser hecho activamente es ser hecho en práctica. En teoría cualquier cosa puede ser bastante. Nada basta para saciar á la práctica.

En teoría hay fenómenos y leyes determinados, permanentes. La práctica puede ser desenfrenada: no detenerse jamás en el fenómeno ó en la ley.

Por eso es necesario que la práctica rompa los frenos *absolutos* del fenómeno y de la ley, y que la teoría contenga con algún freno el desbordamiento de la práctica.

¿Cuándo será bastante la libertad? ¿Cuándo la ley?

Cuando resulte el *orden*, la *armonía*, el *equilibrio*, el *bien*, del perpétuo consorcio de la ley con la libertad.

Batuda, de *batir*. — Movimiento exagerado, violento.

Los gimnastas hacen batudas saltando en serie. A veces también dan saltos mortales.

La vida es una batuda, una serie de saltos dados en la expectativa de un salto mortal.

La esperanza espiritual es que el salto, mortal para el cuerpo, no lo sea para el pensamiento viviente, y esta esperanza se apoya en el derecho que tiene la ley moral á ser obedecida y sancionada en la función á que preside.

Batuta, de *batir*. — Instrumen-

to que mide el movimiento de manera favorable á la armonía de los sonidos.

El cuerpo de leyes del pensamiento es la batuta que mide y dirige el movimiento de la inteligencia; el regulador del orden, significado como ley para el ejercicio de la función.

Así como la batuta sola no hace la orquesta, tampoco la teoría hace la práctica por sí sola. En cambio, una orquesta sin batuta, seguida con la vista ó inspirada mancomunadamente, disuena hasta el punto de dejar de ser orquesta.

Bautizo, del griego *baptistes*, bautista.—La purificación indispensable para iniciar una vida santa.

Para vivir filosóficamente se necesita el bautizo ó purificación de intransigencias sistemáticas, afiliándose á la doctrina de reconocer lo indeterminado como principio indispensable para toda determinación. El otro principio es lo determinado; pero ninguno de ambos principios subsiste sin la función común que los implica limitándolos (transacción).

Bayle, filósofo de la edad moderna, que sostuvo vivas discusiones con Leibnitz, á propósito del optimismo profesado por éste, y de la intervención de Dios en el orden del Universo.

Bayle oponía á Leibnitz la existencia del mal en el mundo, que él no concebía compatible con la omnipotencia y la suprema bondad divina. Leibnitz replicaba siempre, que su contrincante estaba tocado de un indiscreto antropomorfismo, al concebir un Dios.

No es lícito, en efecto, identificar en absoluto al hombre con Dios; por más que sea, por el contrario, indis-

pensable relacionar á Dios con el hombre.

Es que relacionar no es solo *identificar*, sino que también exige *distinguir*.

Dios no es un hombre más ó menos grande, en tamaño ó en carácter específico, que los demás hombres; pero es simbolizado como el *máximo imaginario* de la grandeza y excelitud de categoría y de bondad, máximo nunca alcanzado ni asequible á la inteligencia, ni por la vía científica, ni por la lógica, ni por la experiencia interna, y menos por la externa.

Así es que todas las discusiones sobre lo que quiere, puede y debe hacer Dios, son igualmente vanas y superfluas; tienen carácter absoluto donde debiera reinar solo el relativo; y la moral humana, de uso obligatorio en el mundo que habitamos, es demasiado estrecha para los ámbitos divinos.

Lo divino es el límite infranqueable, que veda el paso á lo humano, y en cambio le proporciona terreno en que vivir.

Beattie, filósofo de la escuela escocesa del *sentido común*.

Acceptaba esta escuela, sin discusión, los principios admitidos por todos los hombres, tan indispensables para el curso de la vida, que no se les podría abdicar sin caer en multitud de absurdos especulativos y prácticos.

Como se vé, tal programa es demasiado vago, é insuficiente para resolver los eternos problemas de la vida. Los deja en cambio que se resuelvan á la ventura, sin más guía que la inspiración inconsciente de sí propia.

Esto es desoír por completo los preceptos del oráculo, que exige al

hombre el conocimiento ó, al menos, el estudio de sí propio, y abandonar-se ciegamente á la casualidad ó á la rutina.

Medios hay para *mejorar* este empirismo, teorizando y practicando á la par, sirviéndose de contraste mutuo entrambos procedimientos, sin fiarse en el empirismo práctico, no intervenido por la teoría correlativa.

Beatitud.—Puede traducirse esta palabra como tendencia al bien absoluto.

Como tendencia absoluta es temeraria y contraproducente, á pesar de su bondad.

Propender al bien absoluto sólo es admisible en el sentido de propender al bien genérico, excluyendo el bien particular.

No debe excluirse bien alguno, mientras sean todos compatibles entre sí en cada ocurrencia práctica del momento.

Cuando aparecen prácticamente incompatibles, sí debe anteponerse el bien divino al humano y el general al particular, sacrificando el *interés* de aquello que se eliminó; pero en el caso de compatibilidad, hay que atender á todos y procurar su armonía posible.

La beatitud, aun entendida en sentido divino, es insuficiente para constituir la regla del procedimiento humano.

El beaterio ha de servir para algo más que rogar á Dios y encomendarle cada cual su alma, es decir, su actividad en absoluto. Ha de atender, además, al bien general de la sociedad y á la salud corpórea é ideal del que profesa la beatitud.

Beato, del latín *beare*, causar placer, y *bonus*, bueno.—Bienaventurado, el que vive entregado á la función re-

ligiosa como ley de su pensamiento. El que se consagra al bien universal, y mejor aun si obtiene así su bien particular.

Llámase beato bajo distintas formas: al que ejercita con notable preferencia las prácticas religiosas, al que practica la religión exteriormente, al que la practica interiormente en su pensamiento, y al que ejercita su función propia alcanzando el bien merecido, y aun á veces el inmerecido, como piensan los que exclaman: *beatus qui possidet*.

Beber, del sanscrito *pà* y *pib*.—Apoderarse el organismo vegetativo del elemento acuoso que necesita su nutrición. El agua circula en la naturaleza, contribuye á la nutrición del organismo viviente y se evapora y condensa en él, interviniendo evaporada en la función respiratoria.

El pensamiento también bebe la exterioridad que circula á su alrededor, que le nutre y que, convertido en interioridad, se evapora y restaura en la función respiratoria ideal.

La función respiratoria del pensamiento se realiza *imaginando en el campo indefinido*.

Beldad, de *bello*.—Cualidad del objeto que realiza el bien exteriormente. La belleza, lado exterior ó indefinido de la función del bien, concebida en el pensamiento, se realiza, sobre todo, en el sér humano: en el hombre y en la mujer.

Esta es, más que el hombre, la que realiza la belleza, porque representa el sexo correspondiente á lo hecho, á lo general constituido, á lo pasivo. El hombre la realiza bajo el aspecto de la voluntad, ó de la fuerza activa. Sobre los dos aspectos definidos de la belleza reina el aspecto indefinido, límite ideal, que nunca salvan, ni po-

drían salvar sin desaparecer ellos mismos, los aspectos definidos.

Bell (CARLOS), filósofo inglés, precursor de Darwin, que estudió el problema de la relación de los conceptos (fenómenos ideales) con los fenómenos reales proporcionados á la vista, ó á los demás sentidos externos, por el cuerpo humano, mediante lo que se llama *expresión* del sentimiento.

Las partes—dice Bell—que sirven para la expresión, sirven también, y ante todo, para determinar funciones, ora de la vida interior ú orgánica, ora de la superior y de relación. El movimiento expresivo de una emoción es un principio de acción, y precisamente de la acción necesaria para separar ó prolongar esta emoción, según que es agradable ó dolorosa. No es, pues, el signo ó expresión más que una acción comenzada. Lo mismo sucede con las modificaciones de la cara, las cuales resultan del ejercicio de músculos, que no se mueven, como los otros, bajo la piel, sino que se insertan en ella y la arrastran consigo. Si, contrayéndose la cara de tal ó cual manera, expresa tal ó cual pasión, tal ó cual apetito, es precisamente porque esta contracción oficia como condición mecánica, necesaria para que se satisfaga tal ó cual pasión, tal ó cual apetito. Si el furor se traduce por un *ricтус* que retrae los labios descubriendo los dientes, es que con tal movimiento se prepara el animal á coger y desgarrar su presa con los dientes.

Todas estas consideraciones aspiran á consignar relaciones más ó menos bien deslindadas; lo que procede es deslindarlas bien. Hay relaciones de muchos géneros, por ejemplo: de coexistencia, de armonía, de causalidad. Entre los conceptos y su ex-

presión externa pueden y aun deben reinar coexistencia y aun armonía, por que son funciones *distintas* de un *mis-mo* individuo, que sirve para identificarlas á medida que ellas le distinguen. Pero en las relaciones de causalidad hay que mirar más despacio la relación.

No se concibe que la expresión exterior cause, ó determine, la emoción misma, que sin duda la ha causado de dentro á fuera, puesto que es su expresión. Lo que sucede á *menudo* es que un golpe, una impresión venida de fuera; algo que se cuente, mida y pese, relacionándose desde su punto de vista con lo que ni se pesa, ni se mide, ni se cuenta, contribuye á la determinación de un concepto. Mas la traducción del lenguaje—digámoslo así—interno, al lenguaje externo, preciso es que represente sólo una copia, y no sea el mismo el original de que es copia, y el cual en el hecho de llamarse el original, acredita haber nacido espontánea ó libremente respecto de la copia.

Esto de causar la copia á lo original, ó sea lo objetivo á lo subjetivo, no se entiende, sino como sugestión ulterior hecha al copiante, *para excitar otra* espontaneidad, secundaria respecto de la primitiva del autor original.

Ni el gesto ni modificación alguna, corpórea ú objetiva, pueden causar conceptos á la manera que causa un objeto en relación con otro objeto, sino sugiriendo conceptos. Aun esta sugestión, que exige la colaboración subjetiva, extraña al objeto, es siempre en *otro*; ó ya en *otros* individuos, ó ya en otro instante del individuo mismo, por auto *sugestivo*; es decir, implicando causa autonómica, que hace siempre el primer papel, el *relativamente*

activo en la función de que se trata.

Bellaco, de villa, villano, ruín.—Quien hace el mal bajo ciertas formas ruines y mal intencionadas.

El bellaco realiza la disconformidad de la ley con el fenómeno, bajo formas especiales, que constituyen un tipo tradicional, simbolizado por dicha palabra.

El bellaco puede tener gran entendimiento, siempre que le agregue ruines sentimientos.

Se distingue del villano, en que ser villano en sentido recto no supone malos sentimientos, ni torpeza de entendimiento; sólo se caracteriza por su falta de cultura social.

El villano, por extensión que también implica sentimientos depravados, se distingue del bellaco, en ser menos dañina su depravación, y revelarse más en las formas que en el fondo de los actos.

Bellas artes.—Realización de lo que aparece idealmente bello en lo objetivo y exterior.

El arte puede realizar también otros muchos fines extraños á la belleza, sin que deje de ser la belleza una de las formas generales del bien.

El arte industrial realiza lo que es útil; el de gobernar, se propone el orden social; el de juzgar, la realización de la justicia; el del médico, la conservación de la salud y la curación de las enfermedades, y así de los demás objetos de la actividad humana.

Belleza, del latín *bonus*, bueno.—Forma exterior del bien ideal. Platón la llamó resplandor de la verdad.

La belleza ideal se realiza en las cosas exteriores, y en ellas se le da especialmente el nombre de hermosura. Realízase asimismo en los pensamientos y en los actos humanos; son bellas, como lo objetivo y exte-

rior de la función del bien, la verdad y la ley moral, y á esta belleza no se suele aplicar el sinónimo hermosura.

Se han experimentado dificultades invencibles para definir en absoluto la belleza. En efecto, ¿cómo definir un solo hombre, y de una vez para siempre, lo que está sujeto á la definición de tantos hombres y á los cambios posibles en la serie de los tiempos?

Sólo se dan idealmente tipos de belleza, que cada inteligencia *siente* como leyes que la obligan, y á las cuales obedece con ó sin conciencia de que semejantes leyes, obligatorias y todo en el pensamiento, se hallan envueltas con el pensamiento mismo en el misterio insondable de donde salen y á donde vuelven en su tránsito por la historia humana.

No hay razón para declarar absoluta la permanencia transitoria de costumbres y modas adoptadas como tipos de belleza; pero mientras subsisten estos tipos acomodándose siempre al tipo superior impuesto por la inteligencia, ha de reconocerse legítimo el imperio con que dominan.

El sentimiento, unánimemente reproducido, de acuerdo con la razón, ha consagrado desde la más remota antigüedad tipos de belleza, que desafían impávidos las injurias de los tiempos.

Bemol, del latín *be* y *mollis*, blando.—Lo que relativamente á otro es más blando, más flojo, más pequeño, más *indeterminado*.

En música se usa esta palabra para designar un semitono relacionado con un tono.

El sostenido es lo contrario al bemol.

Puede decirse de la vida que tiene tres bemoles en el tiempo y tres sostenidos en el espacio. Los bemoles